UN TRIANGULO BASICO PARA LA FORMACION TEATRAL: ESCUELA, FAMILIA, ESTADO

Por **AMPARO REYES**
de la Real Escuela Superior
de Arte Dramático y Danza

Los niños se divierten sin cesar, imaginando que tanto las cosas como ellos mismos pueden ser tal y como lo desean.

No existe un solo ser humano que no se haya divertido de esta forma en su infancia. Lo que más ama el niño, podemos afirmarlo sin temor a incurrir en error, es el teatro. Esto es, la transformación de la actualidad que lo exterior proporciona al convertirse en algo que él mismo crea.

El observar al niño en su juego es una apasionante experiencia. El juego se apodera totalmente del niño. Todo lo que en él hay de vital, de fuerte, de atento, de entusiasta, se entrega a esta vivencia irreal pero presente. El niño juega sin cesar. La realidad no le interesa. En parte la desprecia. Sus juguetes predilectos suelen ser aquellos creados por su fantasía. La hermosa muñeca del caro bazar tiene una rival peligrosa en la figura de trapos que compuso con instinto de elemental Pigmalión.

Las manifestaciones del impulso teatral en el niño son infinitas. Como un héroe de Ibsen también podría afirmar: "Lo que es, no existe; lo que no es, existe". El niño ama, por encima de todo, cualquier manifestación de sugerencias dramatizadas. En otros términos, lo habitualmente llamado "juego".

Afirma Evreinof: «El hecho de que el niño juegue sin que nadie le obligue, que juegue siempre y por su propia voluntad, sin que nadie le haya enseñado la manera de hacerlo, ni cómo hacer su propio teatro, prueba que la naturaleza misma ha puesto en el alma de los seres humanos una especie **de "voluntad de teatro" y que el teatro es algo infinitamente más amplio de lo que muchos imaginan".**

Hay algo extraordinario en esta «voluntad de teatro» realmente. Cada niño nace con el deber que le impone la naturaleza de crear su propio mundo. Todos son capaces de esa traslación de la realidad, transformando los hechos de la vida. Esta capacidad no está desarrollada a un mismo nivel en los niños pero todos la poseen y en grado muy superior al de los adultos.

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre el teatro, hay que admitir que es esencialmente la creación de una nueva realidad. El niño hace algo de la nada: le basta una insignificancia. Es un auténtico creador. Una corona de papel lo hace rey; el mango de la escoba le sirve de caballo...

Es esta una condición infantil, una vocación que todo educador deberá tener presente, pues supone una aportación cultural realmente extraordinaria. Se considera que el dibujo debe estar incorporado al quehacer de los jardines de infancia y también la música... El enriquecimiento de la sensibi-

lidad en este sentido, conducirá a importantes logros ulteriores. Pero el juego del teatro, por lo mismo que va tan ligado al propio vivir de las criaturas humanas, corre el riesgo de perderse como si fuese algo rutinario, corriente, oscureciendo así su vinculación incuestionable con el mundo del arte.

Afortunadamente, la educación ha dado en este sentido un importante viraje. Dentro del campo de la educación actual se concede gran valor a lo que durante mucho tiempo pudo considerarse aparentemente inútil. A todo aquello que eludiendo esa tentación de pragmatismo a ultranza que caracteriza nuestra época trata de considerar al niño en su auténtica dimensión humana para hacer de él algo más que un robot utilitario de la sociedad del futuro.

La escuela debe ser durante los primeros años la gran orientadora para la creación de un gusto depurado en el campo del arte dramático. Naturalmente, en estrecha colaboración con las familias y el Estado. Aquéllas, para crear y mantener un clima apropiado dentro del hogar mismo, y éste, fomentando el progresivo desarrollo de las campañas de teatro infantil.

¡Qué grato me resulta recordar en mi infancia la presencia de un elemental teatrillo que hacía la delicia de chicos y grandes! Más tarde, la silueta del guiñol fue como mancha luminosa que resaltaba entre los juguetes de mis hijos. Y así, ¡qué lógico y entrañable nos ha resultado el arte del teatro, paralelo a nuestro vivir!

Si en el teatro se representa el infinito mundo de las pasiones y de los destinos humanos, si es en el escenario desde donde se puede recoger el pálpito de la vida de un país, de una época, de una civilización; si, en fin, el teatro constituye una fuerza eficaz en la formación de la conciencia humana, hay que preparar desde la niñez, cuando ello es posible sin esfuerzo, aprovechando lo que la naturaleza nos ofrece. Muchos de estos impulsos naturales se pierden a lo largo de la vida por sordidez del ambiente, por desidia de los mayores...

Es precisa la educación teatral, la costumbre de aprender a comprender y a amar el teatro. Comprensión y amor que se desarrollarán únicamente si somos educados para entender el particular lenguaje de este arte y de los diferentes modos en los cuales pueden expresarse. El gusto por el buen teatro en el espectador adulto se conseguirá plenamente cuando se haya iniciado en años infantiles.

Ningún espectáculo es más apropiado, si está bien encauzado, para dar al niño a la vez una educación cultural y social. En el teatro no ocurre como en el cine o la televisión que carecen de posibilidad de una comunicación directa. El entretenimiento teatral constituye, por el contrario, una experien-

cia extraordinariamente social, de doble corriente comunitaria: entre los espectadores y entre éstos y los actores.

No hay duda de que es el teatro un medio eficacísimo para la educación postescolar y postuniversitaria. Ya hemos dicho que la escuela cumplirá su misión en relación con la familia y ambas se complementarán con el impulso dado por el Estado al espectáculo infantil. He aquí los vértices de ese triángulo ideal, cuya suma de fuerzas culminará en la posible consecución de un público preparado.

Bilinski, insigne pedagogo, manifiesta que los temas que interesan a los niños —el repertorio de esta clase de teatro es primordial— son los mismos que interesan a los adultos, sólo que es necesario tratarlos y exponerlos conforme a la mentalidad infantil. Este concepto nos ofrece la clave para comprender la igualdad y la diferencia entre el arte adulto y el arte infantil. Sobre ello puede hablarse mucho y discutirse más. Lo que juzgamos innegable es que el niño hasta los diez años tiende a simplificar, por lo que el sistema que debe seguirse en la elección de obras para dar en el blanco será la sencillez, lo elemental, la síntesis, lo esencial.

En un teatro para niños la figura del héroe asume la mayor inportancia educativa. Admirando al héroe ideal el pequeño se proyecta e identifica hasta llegar a sufrir con él, sentir con él y vivir paso a paso su misma experiencia.

El teatro debe ampliar el horizonte mental del niño, reforzarle el carácter y la voluntad, hacerle previsor y más penetrante en las complejas manifestaciones de la vida.

No hay que olvidar, sin embargo, que en los trabajos para niños provocar la alegría y optimismo es hacer funcionar ya factores importantes por sí mismos. Conocido es sobradamente el valor profundamente educativo de la risa y, en general, de lo cómico. Naturalmente, si queremos que constituya alimento de una más humana y segura educación moral e intelectual deberán emplearse fina y sutilmente.

Es labor muy importante, que compete a las Escuelas de Arte Dramático, la preparación de grupos específicos de actores que puedan representar certeramente teatro para niños. (Recuerdo los determinados e interesantes estudios a que los alumnos de la Agrupación T.E.A. fuimos sometidos a este fin por dos grandes directores españoles).

El actor que interpreta fábulas, por ejemplo, debe estar preparado para las más difíciles tareas técnicas y, al mismo tiempo, para encarnar las más complejas imágenes psicológicas con la máxima veracidad y naturalidad.

Una obra destinada a los niños debe actuar conteniendo una idea moral, sí, pero sin puntualizar ni insistir en ello demasiado para no caer en resultados negativos. Sin estar completamente de acuerdo con él recordemos,

como dignas de tenerse en cuenta, las palabras de Ucinski: «Si queremos convertir a un muchacho en un canalla, hartadle de toda suerte de sentencias morales. Con el tiempo no harán ya ningún efecto sobre él».

Insistimos en la consideración del doble aspecto en que el arte dramático puede y debe ser entendido: espectáculo para niños y el realizado por ellos mismos. Ambos se complementan.

Siendo una de las actividades que más pueden contribuir al desarrollo del niño y del joven, el arte dramático debe tener su lugar en los programas escolares.

Hasta cierta edad son aconsejables los espectáculos de títeres y marionetas. Ellos constituyen interesantísimas formas para promover la creación e inventiva infantiles. (También en éstos mi experiencia en el teatro profesional confirma, en concretos datos, mis afirmaciones).

Escuela, familia, Estado, en armónica unidad, al dirigir sus esfuerzos a ampliar el mundo del niño y del adolescente con la magnífica arma que es el teatro, darán al proceso educativo de nuestra nación una proyección más auténticamente humana.

Madrid, marzo de 1969.